

## CRONICA INTERNACIONAL

**L**AS ansias de paz que siente todo el mundo, aunque por desgracia concibiendo a la Paz bajo supuestos divergentes y aun opuestos, cristalizaron en las tres conferencias de Ginebra. La «Gran Ginebra» cuatripartita en la que se habló más de Europa que de Ultramar, y más de principios fáciles de enunciar que de acuerdos de detalle complejos en su articulación, que se dejaron para una reunión otoñal de Ministros de Asuntos Exteriores. La «Pequeña Ginebra» ruso-americana, con intervención entre cortinas de Krishna Menon y en menor escala de la O. N. U.; de ella salió la liberación de algunos cautivos americanos, y el principio de que para resolver ciertos problemas es con Pekín y no con Taipeh con quien hay que tratar: idea de la que sólo hay un paso para el reconocimiento de la China roja. Y la «Ginebra científica» de las aplicaciones pacíficas de la energía atómica, quizá la más constructiva de las tres conferencias, aunque la menos ruidosa. A modo de apéndice reunióse en Nueva York la Comisión de desarme de la O. N. U.

Las tres Ginebras prepararon el camino para la idea grata a Gran Bretaña y beneficiosa para Moscú y Pekín de que hay que consolidar el actual mundo escindido, y que deben considerarse como locales ciertos conflictos orientales, cuyo remate es la evicción de algunos poderes euroamericanos en beneficio del bloque bolchevique, que de ese modo prosigue sonriendo su tarea, sin verse envuelto en los riesgos de un conflicto universal.

Y en efecto, bajo un clima diplomático de distensión y de esperanzas —basadas en el «caso austríaco» de difícil aplicación fuera de Europa— se han seguido desarrollando durante el trimestre los conflictos asiáticos, que ya existían, sin mejoría en su curso ni en sus perspectivas. En Corea, las gentes del sur, y el propio gobierno de Rhee se manifestaron contra los «observadores» checos y polacos de

la tregua y sus protectores norteamericanos, dando margen para que Pyong Pyang propusiera conversaciones directas entre las dos Coreas, «evacuación» simultánea y unificación al estilo bolchevique. En Viet Nam —coincidiendo con el viaje de Ho Chi Minh a Pekín y Moscú— prosiguió la lucha del primer ministro Diem contra las sectas insurgentes y pasó el plazo previsto en el armisticio para preparar mediante conversaciones de los dos Viet-Nam, las elecciones reunificadoras, sin que se celebraran por la negativa del Sur. Otra evidente ocasión para que el Norte protestara —presionando los occidentales a Diem— sin perjuicio de que los rojos del *Patet Lao* invadieran nuevas provincias laocianas; un motivo de preocupación para la Conferencia de la S. E. A. T. O. reunida en Bangkok, a fines de agosto. Impotente en su lógica cólera, Formosa se limitó a apresar barcos enemigos, como el «Tuapsé», y a advertir de los peligros del apaciguamiento del bolchevismo amarillo. Por cierto que el Dalai Lama regresó al Tibet perfectamente adoctrinado por Pekín y listo para irradiar su influencia sobre los budistas de este lado del Himalaya.

\* \* \*

Pero en este lado del Himalaya el panorama no fué mucho más tranquilo. Nehru renovó las tentativas «pacíficas» de los «satyagrahis» contra la India portuguesa, que desencadenaron atentados contra los consulados lusos y un nuevo escándalo internacional, poco favorable para los invasores y menos tranquilizador para los gobernantes de Nueva Delhi. Los pakistanís pensaron que también ellos podían enviar «satyagrahis» a Cachemira; pero claro es que Nehru, como todos los dictadores con pretensiones demagógicas, tiene dos pesos y dos medidas, según que se trate de hechos favorables o contrarios. El Pakistán estrenó casi a la vez nuevo Gobernador —Iskander Mirza—, nueva Asamblea y nuevo Gobierno —presidido por Chaudhri Mohamed Ali, e integrado por una coalición de la Liga con el Frente Unido Bengali—, sobre la base de una política de concesiones y compromisos entre los dos Pakistanes que salve la unidad del país. Amenazado en el noroeste por la eterna agitación tribal estimulada desde Kabul, tras los violentos incidentes que llevaron al corte de relaciones entre

Karachi y Kabul, sin que la mediación de Seudía ni la de Egipto la remediaran. Quizá como contrarréplica a la orientación occidental de Pakistán, Afganistán efectuó varias peligrosas concesiones a los rusos.

En cambio Irán, bajo el gobierno de Hossain Ali, anunció veladamente su adhesión al pacto de Bagdad y declinó un viaje del Shah a Moscú.

\* \* \*

En el sudoeste insulínico el largo conflicto entre el ejército y el gobierno indonésicos entró en una nueva fase con el incidente de Van Dikum y la dimisión de Sastraomiyoyo, para ceder el paso a una coalición basada en el *Masjumi*. En la vecina Singapur, Marshall, para no perder popularidad, presentó una moción anticolonialista y en favor del «Gobierno propio» a la Asamblea, reforzada por la victoria electoral en la vecina Federación Malaya de la coalición I. M. P. —minoría sobre los conservadores del *Negara*—. El propio Alto Comisario dimisionario Malcolm Mac Donald reconoció que debe prepararse pacíficamente el paso de nuevas situaciones más autonomistas.

Anotemos finalmente la constitución en Manila de un «Partido Filipino» que puede trastocar el panorama político en aquellas islas —desligándolas algo de su incondicional adhesión a los EE. UU., no siempre bien retribuída por éstos— y los esfuerzos del gobierno Hatoyama para concretar la paz con Moscú, obteniendo alguna ventaja —los prisioneros y algunos Kuriles— y para relacionarse comercialmente con el continente chino.

\* \* \*

El mundo árabe-bereber, y sus enclaves han seguido inquietos durante el tercer trimestre de 1955. El disgusto de este mundo por la conducta egoísta del Occidente quedó registrado en el discurso de Abdelaziz en Yeda. En Israel las elecciones dieron ventaja al *Adulth Haadova*, al *Heruth* y a los progresistas, a costa del *Mapai*: como siempre, fué llamado Ben Gurion para remediar la situación y los Estados Unidos lanzaron por boca de Dulles la iniciativa-sonda de pa-

gar mediante un enésimo empréstito a Israel lo que debía pagar por indemnización a los refugiados árabes; medida que en unión de una vaga rectificación fronteriza de obras hidráulicas, de un «estatuto» para Jerusalén y de varios pactos de mutua garantía solucionaría el problema: un plan tan fácil como favorable para los sionistas, y cuyo enunciado no evitó los incidentes en Gaza ni alivió la tensión. Sin embargo, a Egipto le convenía una mejoría por seguir teniendo preocupaciones en sus fronteras sur: la ruptura, no total, pero sí grave, entre Nasser y Azhari, precedió al acuerdo angloegipcio de retirada de tropas, y a la insurrección de las guarniciones del Sur. Un buen motivo para la intervención más o menos disimulada inglesa, y para acentuar el divorcio entre los dos países hermanos del Nilo.

Pero todo esto fué bien poco al lado de lo que acaeció en el Magreb: una verdadera guerra, o mejor, dada la desigualdad de armamentos, una serie de levantamientos locales en masa contra las tropas francesas en Argelia y Marruecos, ya que en Túnez perduraban las horas eufóricas que siguieron a los acuerdos de autonomía, y que durarán hasta que comience a discutirse su aplicación. En Argelia, hubo hasta un intento de asalto a Constantina; en Marruecos horribles matanzas de europeos, en Uad Zan, Jurigba y Jenifra, correspondidas por no menos horribles matanzas de marroquíes por las tropas. Se hundió el mito de la «Argelia provincia francesa», al comprobar la escasa francofilia de muchos autóctonos tras siglo y medio de afrancesamiento oficial, y resultó imposible prolongar el mito de que no hay cuestión dinástica ni política, en Marruecos. Comprometida por sus ficciones constitucionales (en Argelia) y por su equilibrio de partidos (respecto de Marruecos) la Francia oficial celebró en Aix-les-Bains, una conferencia en la que buscaba Faure una fórmula de compromiso, a base de un «Consejo del Trono» con alejamiento del Sultán Mohamed V y del pseudo Sultán Muley Arafa, así como de la dimisión de Grandval, de reformas de detalle, y del nombramiento del General Boyer de Latour como Residente de Francia en Marruecos. Entretanto el bloque afro-asiático se movilizaba en la O. O. N. y se quejaba con lógica de que las armas que la O. T. A. N. diera a Francia para defender Europa, servían para matar mogrebíes. Claro que la gran prensa —de la que fué muestra el diario sionista «New York Times», diciendo que «correspondía a Francia mantener para el Mundo Libre (?) el Norte de Africa»— y ciertas cancillerías de tradición di-

plomática celestinesca —como la de St. James, que en 1904 «regaló» Marruecos a Francia— apoyaban a París, con el resultado de facilitar pretextos a ciertos pasos peligrosos como el viaje de Nasser a Moscú.

\* \* \*

Contra muchos pronósticos, el Gobierno Strijdom prosiguió su programa nacionalista de modo tan sereno como seguro. Hizo pasar la reforma electoral y la ley de enseñanza bantú, obtuvo la retrocesión de Simonstown —otro Gibraltar que gracias a Dios desaparece— y replanteó el problema de los protectorados británicos, con perspectivas de realismo.

En el África negra no se produjeron en general acontecimientos políticos de repercusión internacional, aunque sí incidencias, como el atentado contra el presidente Tubman en Monrovia y algunas agitaciones en Dakar, Abiyeán, Kumasi, Calabar, Edea, Blatyre y otras capitales.

\* \* \*

En el área del Mediterráneo donde Occidente y Oriente, Europa, Asia y África se encuentran, se mantuvo la situación tensa de Chipre, que provocó, como maniobra un poco ingenua de Londres, la conferencia angloturca helénica celebrada en aquella capital. Anotemos de paso el éxito alcanzado en Madrid por la «Exposición de Gibraltar Español» que mostró al público vergüenzas y verdades de la única «colonia» existente en el continente europeo.

En el Antártico, la ruptura de la tregua acordada en precedentes años avivó, al par que las expediciones más o menos científicas, las iniciativas patrocinadas por Wáshington, en orden a la celebración de una Conferencia de todos los interesados de aquel sector del planeta, que resuelva los problemas pendientes, por el estilo de lo que respecto del África negra hizo la Conferencia de Berlín.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

5 de septiembre de 1955.